



Arquidiócesis de Bucaramanga

DELEGACIÓN DE PASTORAL INFANTIL

MATERIALES PARA

Adviento

1. El sentido del tiempo de Adviento

Adviento: el tiempo de la venida del Señor. Eso significa la palabra latina *adventus*: venida, advenimiento. Una palabra que se aplicaba especialmente a la llegada de algún personaje importante, y que ahora nosotros dedicamos al único personaje realmente importante, Jesús.

Al inicio del año litúrgico, preparando la celebración de la Navidad, dedicamos unas semanas a contemplar esta venida: a esperarla, a deseársela, a prepararla en nuestras vidas y, en definitiva, a celebrarla. Porque, ciertamente, al tiempo que anhelamos que venga el Señor, y nos queremos convertir para ser para él «un pueblo bien dispuesto», ya podemos también vivir la alegría de su presencia en nuestras vidas.

Porque esta venida del Señor no es la ficción de estar esperando como si fuésemos los hombres y mujeres del Antiguo Testamento que no habían visto aún al Mesías. Nosotros sí lo hemos visto, nosotros hemos conocido ya su venida en nuestra historia, hace dos mil años, en Belén. Pero esta venida histórica, que conmemoramos en la Navidad, deja en nosotros el anhelo de una venida más plena. Y por ello, decimos que el Adviento celebra una triple venida del Señor: en primer lugar, la histórica, cuando asumió nuestra misma carne para hacer presente en el mundo la Buena Noticia de Dios; en segundo lugar, la que se realiza ahora, cada día, a través de la Eucaristía y de los demás sacramentos, y a través de tantos y tantos signos de su presencia, comenzando por el signo de los hermanos, y de los hermanos pobres; y finalmente, en tercer lugar, la venida definitiva, al final de los tiempos, cuando llegará a plenitud el Reino de Dios en la vida eterna.

Todo esto celebramos en el tiempo de Adviento. Y lo celebramos como en una gradación: primero, los primeros días, el interés principal se dirige hacia la venida definitiva al final de los tiempos, con la llamada a la vigilancia para estar bien dispuestos; luego, nos centramos más en la venida cotidiana, que vemos marcada por los anuncios del precursor Juan Bautista y su invitación a preparar el camino del Señor; y finalmente, sobre todo a partir del día 17 de diciembre, nuestra mirada se fija ya de lleno en la espera del nacimiento de Jesús en Belén, acompañados por la figura amorosa de María y también de su esposo José. Y todo ello, acompañado a lo largo de todo el tiempo por los oráculos de Isaías y de los demás profetas, que nos hacen vivir en constante actitud de gozosa espera.

La organización del tiempo de Adviento

El tiempo de Adviento es el más tardío de todos los tiempos litúrgicos: no existió hasta el siglo V o VI. La fiesta de Navidad nació a principios del siglo IV, y consta por primera vez en un calendario del año 354; la de la Epifanía, quizá algunos años antes. Y a partir de la existencia de esas fiestas, los cristianos quisieron dedicar un tiempo a su preparación. Un tiempo, sin embargo, que tuvo distintas extensiones y características según cada lugar, hasta que quedó fijado como ahora lo tenemos.

Actualmente, el tiempo de Adviento comienza el cuarto domingo antes de Navidad. Ello conlleva que no tenga siempre la misma extensión. Porque como el día de Navidad, el 25 de diciembre, no se corresponde con un día fijo de la semana, si resulta por ejemplo que la Navidad cae en domingo, entonces el Adviento comienza el 27 de noviembre y tiene cuatro semanas justas; y en cambio, si cae en lunes, entonces el cuarto domingo antes de la Navidad es el 3 de diciembre, y el Adviento tiene sólo tres semanas y un día. Entre estas dos fechas, por tanto, el 27 de noviembre y el 3 de diciembre, puede comenzar el Adviento.

Lo que marca, naturalmente, con mayor fuerza el sentido y la vivencia de este tiempo son los domingos, con la distribución de sus lecturas en tres ciclos:

- En el evangelio, el primer domingo de los tres ciclos está centrado en la venida definitiva del Señor al final de los tiempos, para realizar la plenitud de su Reino; el segundo y tercer domingo, el protagonista es Juan Bautista, que nos invita a preparar la venida del Señor; y el cuarto domingo, el evangelio nos presenta las escenas preparatorias del nacimiento de Jesús (el sueño de José, la anunciación, la visitación).
- En la primera lectura, leemos cada domingo textos de Isaías y de los demás profetas, que nos anuncian la obra del Dios salvador y la venida de su Mesías: los tres primeros domingos estas profecías evocan las grandes esperanzas de Israel, mientras que el cuarto, en sintonía con el evangelio, presentan las promesas más directas del nacimiento del Hijo de Dios.
- Y finalmente, están los textos de la segunda lectura, tomados de san Pablo o de las otras cartas apostólicas, que nos exhortan a preparar y a vivir la venida del Señor.
- Además de las lecturas de los domingos, cabe destacar también la gran riqueza del leccionario ferial marcado por las dos grandes etapas en las que se divide el tiempo: hasta el 16 de diciembre hablando de forma más general de la venida del Señor, y a partir del 17 de diciembre, preparando más directamente el nacimiento de Jesús.

2

Un tiempo de gracia

El Adviento es un tiempo de gracia. Todos los tiempos lo son, desde luego, pero este quizá tiene un particular tono de calidez humana y cristiana que nos lo hace especialmente próximo. La promesa de salvación de Dios se encuentra con lo más valiosas y auténticas esperanzas humanas, y su fruto es el Reino que se abre paso en medio de nosotros.

Merece la pena aprovechar y vivir este tiempo. Personajes especialmente queridos nos acompañan en el trayecto: el profeta Isaías, el precursor Juan Bautista, los últimos patriarcas como Zacarías, Isabel, José... y, sobre todo, naturalmente, la Virgen María.

San Carlos Borromeo lo propone de modo admirable en una de sus cartas pastorales¹: *Ha llegado, amadísimos hermanos, aquel tiempo tan importante y solemne, que, como dice el Espíritu Santo, es tiempo favorable, día de la salvación, de la paz y de la reconciliación; el tiempo que tan ardientemente desearon los patriarcas y profetas y que fue objeto de tantos suspiros y anhelos; el tiempo que Simeón vio lleno de alegría, que la Iglesia celebra solemnemente y que también nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eterno por la misericordia que en este misterio nos ha manifestado.*

¹ San Carlos Borromeo. Carta Pastoral Adviento: Acta Ecclesiae Mediolanensis, t. 2, Lyon 1683, 916-917.

El Padre, por su inmenso amor hacia nosotros, pecadores, nos envió a su Hijo único, para librarnos de la tiranía y del poder del demonio, invitarnos al cielo e introducirnos en lo más profundo de los misterios de su reino, manifestarnos la verdad, enseñarnos la honestidad de costumbres, comunicarnos el germen de las virtudes, enriquecernos con los tesoros de su gracia y hacernos sus hijos adoptivos y herederos de la vida eterna.

La Iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente.

A la vez nos enseña que la venida de Cristo no sólo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa, y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos.

2. Adviento y Liturgia

La riqueza de la Liturgia se expresa en los signos:

- La Palabra de Dios desplegada en clima de confiada esperanza.
- Las oraciones del Misal llenas de sentido y comunicadoras de la intención de la Iglesia que quiere marcar el tiempo de la espera.
- Los signos externos, en los que debe ser evidente la austeridad discreta y de silencio orante, aunque entre nosotros se evidencia la pérdida de esta realidad, cuando “atiborramos” con adornos, casi siempre de culturas foráneas, nuestras casas y aún nuestras iglesias.
- La riqueza de la Liturgia de las Horas con los mejores textos patrísticos y eclesiásticos.
- La insistencia en la virtud de la Esperanza unida a la Fe y a la Caridad.
- Las expresiones de la Religiosidad y de la Piedad: Pesebre, Corona de Adviento, Fiesta de la Luz, Inmaculada, Árbol de Navidad.
- La música y el arte que enfatizan la cercanía del misterio del nacimiento de Jesús.
- La presencia de la Madre de Jesús como modelo de toda esperanza.
- La reiterada alusión a las promesas proféticas que se han de cumplir y que la liturgia proclama en las antífonas llamadas de la O: Emmanuel, Rex, Radix, Adonái...
- Los “caminos”, “novenas”, “posadas” que deben orientarlo todo hacia la liturgia que los valora y estima.
- El acompañamiento de los procesos de evangelización que en este tiempo evalúan y planean sus acciones pastorales.

Sugerencias y propuestas para el Adviento²

El Adviento es un tiempo especialmente agradable. Después del largo período del tiempo ordinario, gusta encontrarse con la novedad de empezar algo diferente, y experimentar el empuje espiritual que esta novedad aporta.

Pero también es agradable por más motivos. Lo que significa el Adviento y la espiritualidad que invita a vivir están en un nivel muy cercano a la realidad humana, a la vida de cada día: son, en el fondo, una invitación a vivir nuestra realidad (la de cada uno de nosotros y la del mundo entero) de una manera atenta, intensa, con objetivos. El Adviento nos dice: eso que vivimos, y eso que viven nuestros hermanos, hombres y mujeres de todas partes, no es sólo lo que nosotros vemos, o hacemos, o deseamos; es, también y sobre todo, lo que vive, y hace, y desea, Dios mismo. Porque Dios viene a esta historia y se implica en ella, la vive con nosotros, y le pone delante, como objetivos, sus mismos objetivos. Y ya sabemos cuáles son los objetivos de Dios: la luz para todo el mundo, el amor para todo el mundo, la vida para todo el mundo.

Tres momentos

Primer momento: El Adviento es un tiempo que necesita ser saboreado, que debe impregnar el alma. Es un tiempo que no puede ser seco, que ha de contener una punta viva de emoción y de sentimiento. Sacerdotes, diáconos, monitores, lectores, cantores, equipos de liturgia... necesitan muy especialmente tener espacios (individuales o colectivos) para gustar las lecturas de la misa (dominicales y diarias), o la liturgia de las horas, o un libro adecuado... para ejercer bien su misión.

Segundo momento: Desde el primer domingo de Adviento, e incluso antes, el ambiente navideño se respira por todas partes: la televisión, las tiendas, las calles... ponen en marcha el frenesí navideño. En este contexto, de poco sirve ponerse en plan fustigador; más bien lo útil será ayudar a discernir. Y valorar todos los buenos elementos que hay detrás de todo esto, recordar la llamada de Jesús, alegrarse de esta llamada, invitar a vivir el ambiente con signos cristianos (por ejemplo, enviando felicitaciones o llevando regalos a aquellos que no los tendrían, o promoviendo algún proyecto solidario mediante aportaciones de muchos...). E invitando a luchar para no dejarse atrapar (y, aquellos que tienen hijos pequeños, ayudándoles a que no queden excesivamente atrapados) por todo lo que de perverso hay en este ambiente. Y, finalmente, combatir el falso “espíritu navideño” consistente en simular que no hay conflictos ni en casa ni en el mundo.

Tercer momento: La venida del Señor es la respuesta que Dios da a la situación de este nuestro mundo. El Señor nos invita a dirigir la mirada hacia él, y a prepararle el camino. Porque la venida del Señor no es una transformación mágica: él viene para estar con nosotros, para hacer que caminemos hacia él y para hacer caminar a la humanidad hacia él. Deberemos hablar de la salvación de Dios que viene a nosotros mirando muy de cerca a nuestro mundo, y sintiendo como propias las angustias que en él se viven (la vida dura para muchos en nuestro país) y también las esperanzas que avanzan (promovidas por cristianos o por quienes no lo son: ¡son todas presencia del Señor!). Él viene, y su presencia se nota en todo amor que actúa, y su presencia es llamada a la plenitud que tan sólo Él puede dar.

² LLIGADAS SORRIBAS, Josep. Centro de Pastoral Litúrgica. Adviento y Navidad. Sugerencias y Materiales. Dossiers CPL 92. Barcelona: España. 2001.

Para tener en cuenta:

La ambientación de la Iglesia. Que, al entrar, todo el mundo note que iniciamos un tiempo nuevo. Eso, como dice el refrán, “vale más que mil palabras”. Un póster grande y visible con una frase alusiva (“¡Ven, Señor Jesús!” u otra semejante), austeridad en las flores (mejor una ornamentación de sólo plantas) y en las luces, un gran paño morado (o verde, por la esperanza) colgado del techo, una música que al entrar invite ya a la oración (el gregoriano es ideal para este tiempo)...

Los cantos. Un elemento clave para dar el tono de las celebraciones es el tipo de cantos que se escogen. Cada tiempo litúrgico tiene sus cantos propios, que el solo hecho de cantarlos hace penetrar ya en la sintonía del tiempo. De modo que habría que procurar cantar cantos muy propios de Adviento. De un modo especial, eso vale para el canto de entrada: un canto de entrada largo, que se repita los cuatro domingos, ayudará mucho a situar la celebración desde el principio; en este sentido, sería deseable aprender el canto de entrada de Adviento (“A ti, Señor, levanto mi alma”); pero, naturalmente, si no se sabe este, se puede cantar cualquier otro canto significativo de este tiempo. Recordemos también que en el Adviento se suprime el Gloria. Y que sí se canta el Aleluya, aunque, si disponemos de dos melodías, bueno será guardar la más vibrante para la Navidad y utilizar ahora la más sencilla.

La corona de Adviento. Este rito, importado del norte de Europa, se ha ido introduciendo en nuestras celebraciones con buen acierto y contribuye a resaltar la peculiaridad de este tiempo. Se trata, como se sabe, de una corona con ramas verdes que se sitúa junto al ambón o en otro lugar adecuado, y en el que se fijan cuatro velas vistosas. También puede utilizarse la imaginación y crear algún otro tipo de soporte para las velas, siempre que sea digno y agradable. Al empezar la misa, se enciende el número de velas correspondiente a aquel domingo (el primero una, el segundo dos...). Pueden hacerlo cada domingo personas distintas: un matrimonio, un niño, una religiosa, el celebrante...

La homilía. El Adviento es esperanza, agradecimiento, oración confiada, alegría ante el Señor que se acerca a nosotros. Es, también, reconocimiento de que necesitamos su salvación porque nosotros somos débiles y porque el mundo es también débil, con mucho dolor e injusticia. Y es, finalmente, cambio en el corazón y en las actitudes ante la vida, para que el Señor nos encuentre preparados para recibir su salvación y para colaborar con él en su obra salvadora. La predicación será, por tanto, intensa, convencida, vital... y, muy especialmente, amable.

Un salmo después de comulgar. Para ayudar al clima de oración propio de este tiempo, puede introducirse la práctica de rezar, después del silencio de la comunión y antes de la poscomunión, un salmo, entero o en parte. Puede recitarlo un lector (sin introducción, sin que la asamblea se una con ninguna antífona, y sin gloria final: la asamblea se une con su silencio), o puede recitarlo toda la asamblea.

Repartir algún recuerdo-plegaria. Para marcar el primer domingo de Adviento, se podría distribuir una estampa sencilla (media cuartilla hecha con fotocopia), con una frase que diga “Adviento 2016” y el texto de la primera lectura de este día, que en los tres ciclos es siempre un texto de mucha fuerza.

La Virgen María y san Juan Bautista. El Adviento es un tiempo mariano, sobre todo en la segunda parte (desde el día 17). El domingo cuarto de Adviento conviene que haya en el presbiterio, convenientemente resaltada, una imagen de María madre; también podría estar colocada todos los domingos. E igualmente, los domingos segundo y tercero podría destacarse una imagen o un póster de Juan Bautista.

La misa diaria. La misa diaria, con su tono más pacífico, puede ayudar a saborear más este tiempo: el saludo, las invocaciones del acto penitencial, la oración de los fieles tendrían que escogerse adecuadamente; una breve homilía ayudará a ir viviendo lo que este tiempo significa; rezar un salmo después de la comunión...

El rezo de Laudes o Vísperas. Una forma de destacar el clima de oración puede ser introducir en este tiempo el rezo de Laudes o Vísperas, en la forma que resulte más adecuada: los domingos o los días laborables, como una celebración independiente o unidos a la misa, en una misa o en todas... En cada lugar se verá lo más conveniente.

Un encuentro de oración. Puede ser una buena oferta invitar a un encuentro de oración durante este tiempo. Se podría realizar de dos maneras. Una, como el inicio de un encuentro periódico todo el año: por ejemplo, fijarlo definitivamente el primer y tercer miércoles de cada mes. Otra, como una invitación más intensiva sólo para este tiempo, por ejemplo una vez a la semana. En todos los casos hay que avisar la hora de empezar pero también la de acabar (media hora puede ser una buena duración), y ser fiel a ello. La plegaria puede consistir en algún salmo, alguna lectura bíblica, algún texto de reflexión, espacios de silencio, algún canto si se puede... Aunque venga poca gente, será útil.

Una catequesis sobre Isaías. El tiempo de Adviento es el tiempo de los oráculos mesiánicos, sobre todo de Isaías. Los leemos cada domingo y también los días laborables. Por eso, se podría pensar en convocar (mejor diversas parroquias juntas) algunos encuentros de catequesis sencilla repasando estos oráculos. Estaría bien leer los textos (más extensamente como figuran en el leccionario), comentar la época (de los tres autores de Isaías) y el sentido primitivo, ver el sentido mesiánico y el sentido cristiano, hacer alguna aplicación... No hace falta una exposición de especialista, basta con una presentación hecha por alguien que se lo haya preparado leyendo alguna introducción.

Retiros y encuentros de reflexión. Otra posibilidad: organizar un retiro de una tarde o una mañana. Y otra, un encuentro de reflexión sobre las angustias y esperanzas de nuestro mundo, u otro tema similar.

Resaltar la segunda parte del Adviento. El 17 de diciembre comienza la segunda parte del Adviento, "la semana santa que prepara la Navidad". Se puede resaltar de distintas maneras según los lugares, las posibilidades y las costumbres.

La colecta para los pobres. La colecta que se acostumbra a hacer a finales de Adviento para los pobres (y que puede tomar distintas formas según los lugares) es una de las grandes tradiciones de este tiempo, y conviene darle relieve. Porque esta es una de las mejores maneras de recibir al Señor, que se manifiesta en el rostro de los abandonados de este mundo.

Y en casa. Habría que sugerir, en las celebraciones litúrgicas, la importancia de que en casa se note también el tiempo de Adviento. Colocar la corona de Adviento en casa y encender las sucesivas velas mientras se reza una oración o se canta un canto (adecuándolo en función de si hay niños pequeños o no) es una práctica encomiable. También, bendecir la mesa. Y, en la última semana, preparar el pesebre.

3. La corona de Adviento en la Iglesia y en la casa

El rito de la corona de Adviento se ha ido introduciendo acertadamente en los distintos ámbitos de la vida cristiana, contribuyendo a resaltar la peculiaridad de este tiempo. Se trata, como se sabe, de una corona de ramas verdes (sin flores, que serán más propias de la Navidad), en la que se fijan cuatro velas vistosas.



También podemos emplear la imaginación y crear algún otro tipo de soporte, siempre que resulte digno y agradable. Y cada semana se realiza el rito de encender las velas correspondientes: el primer domingo de Adviento una, el segundo dos, el tercero tres, el cuarto y último las cuatro.

Este itinerario, acompañado de alguna oración o canto, nos marcará los pasos que nos acercan hasta la fiesta de la Navidad, y nos ayudará a tener más presente el tiempo en que nos encontramos.

La corona en la Iglesia

En la Iglesia, la corona se puede poner sobre una mesa, o sobre un tronco de árbol, o colgada del techo con una cinta elegante; no se pone encima del altar, sino junto al ambón o en otro lugar adecuado.

El rito de encendido de la corona se hace en todas las misas dominicales (incluyendo la vespertina del sábado). En las comunidades religiosas, en cambio, será mejor hacerlo en la celebración que inaugure cada semana: primeras vísperas, laudes o Eucaristía.

En la Eucaristía, se pueden encender las velas sencillamente durante el canto de entrada, o bien con mayor relieve después del saludo y de una breve monición.

En este segundo caso, el mismo celebrante, o bien distintas personas de la asamblea (una semana un niño, otra una religiosa, otra un matrimonio...) encienden la vela o velas correspondientes. Y entretanto se canta alguna otra estrofa del canto de entrada, o se dicen las invocaciones del acto penitencial, o se dicen las oraciones siguientes (que puede recitar la asamblea conjuntamente, en una hoja previamente repartida).

La corona en casa

En casa, la corona se pone sobre una mesa, o colgada del techo, o en algún otro lugar destacado. También se puede poner a los pies de una imagen de la Virgen.

El primer domingo de Adviento es el domingo que cae entre el 27 de noviembre y el 3 de diciembre (o sea, cuatro domingos antes de la Navidad). Ese día, antes de comer (o el sábado anterior por la noche, o en cualquier otro momento que resulte adecuado), se enciende una vela de la corona; el segundo domingo dos; el tercero tres; y el cuarto, las cuatro.

Este rito se acompaña de una oración, como la que aquí indicamos a continuación; también se puede cantar un canto y la oración; o la oración, el padrenuestro y el avemaría. También se puede leer la primera lectura de la misa de aquel domingo, o el texto de reflexión que ofrecemos también aquí, o las oraciones propuestas para el encendido en la Iglesia.

Si hay niños en casa, el rito de la corona les puede ayudar a vivir más cristianamente la preparación de la Navidad. Y si no los hay, también será una buena ocasión para la oración familiar adulta: o bien los esposos solos, o bien los esposos con los hijos mayores u otros miembros de la familia.

Oración

Ven, Jesús, hermano, Señor. Queremos preparar tu venida. Queremos recibirte. Te esperamos, para que transformes nuestras vidas y nos des tu luz, tu paz, tu amor. Amén.

Texto de reflexión

Desde muy antiguo, el profeta Isaías anunciaba:

– *Vendrá el Señor, y juzgará a los pobres con justicia, y nunca más alzaré la espada pueblo contra pueblo, porque los corazones estarán llenos del conocimiento del Señor.*

Allí en el Jordán, el último profeta, Juan el Bautista, proclamaba:

– *Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos. Conviértanse, porque está cerca el Reino de los cielos.*

Y en Nazaret empezó todo:

– *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. No temas, María: concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.*

Esta es la historia del amor de Dios. Y nosotros cada año, cada Adviento, la recordamos y la renovamos.

- Como Isaías, deseamos un mundo nuevo, transformado, lleno de Dios, en el que no haya mal, ni dolor, ni injusticia, ni pobreza, ni corazones cerrados;
- siguiendo la llamada de Juan Bautista, queremos preparar el camino del Señor: queremos transformar nuestro corazón y queremos transformar nuestro mundo;
- y como María, con toda la confianza, con todo el amor, con un hondo espíritu de fe y de oración, esperamos el nacimiento de aquel niño que renovará nuestras vidas; aquel niño que nace en Belén y que nos llama a compartir un día su vida para siempre.

Primer domingo

Encendemos, Señor, esta luz, como aquél que enciende su lámpara para salir, en la noche, al encuentro del amigo que ya viene. En esta primera semana del Adviento queremos levantarnos para esperarte preparados, para recibirte con alegría. Muchas sombras nos envuelven. Muchos halagos nos adormecen.

Queremos estar despiertos y vigilantes, porque tú nos traes la luz más clara, la paz más profunda y la alegría más verdadera.

¡Ven, Señor Jesús. Ven, Señor Jesús!

Oración de los fieles

Presidente: Unidos en la fe y en la esperanza, presentemos nuestras súplicas confiadas y, unidos a la Iglesia que aguarda y vela confiada, digamos:

R: *Te rogamos, óyenos.*

Te pedimos, Señor de la esperanza, por la Iglesia. Haz que confiada en ti pueda llevar a todos los pueblos el evangelio de la vida y de la paz.

Te pedimos, Señor de la esperanza, por la paz de los pueblos. Haz que quienes los dirigen sepan ofrecer las condiciones necesarias para la reconciliación en la justicia y en la verdad.

Te pedimos, Señor de la esperanza, por todos los que sufren. Haz que este tiempo iluminado por el gozo de tu presencia, traiga a todos: consuelo, paz y la verdadera alegría.

Te pedimos, Señor de la esperanza, por las necesidades e intenciones de cuantos estamos en tu casa y de los que nos encomiendan sus necesidades. Llénanos con tu fuerza y con tu presencia.

Oración conclusiva: Acoge, Dios bueno, la súplica que tu Iglesia eleva hasta ti. Danos el gozo de vivir este tiempo en la confianza y en la esperanza.
Por Cristo, Nuestro Señor.

R. Amén.

Segundo domingo

Los profetas mantenían encendida la esperanza de Israel. Nosotros, como un símbolo, encendemos estas dos velas. El viejo tronco está rebrotando, florece el desierto. La humanidad entera se estremece porque Dios se ha sembrado en nuestra carne.

Que cada uno de nosotros, Señor, te abra su vida para que brotes, para que florezcas, para que nazcas y mantengas en nuestro corazón encendida la esperanza.

¡Ven pronto, Señor. Ven, Salvador!

Oración de los Fieles

Presidente: Unidos en la esperanza presentemos nuestras súplicas al Señor, diciendo con fe:

R: *Escúchanos, Señor.*

Te pedimos, Dios de bondad, por la Iglesia extendida por el mundo. Haz que pueda proclamar con libertad y alegría la llegada del reino de la vida y de la paz.

Te pedimos, Dios de bondad, por cuantos dirigen los destinos de los pueblos. Que la luz de este tiempo santo de esperanza les muestre el camino para servir con amor a todos.

Te pedimos, Dios de bondad, por cuantos emprenden en estos días caminos de evangelización. Haz que tus misioneros puedan llevar a todos una palabra de esperanza y de consuelo.

Te pedimos, Dios de bondad, por esta comunidad reunida en tu nombre para celebrar la fe. Haz que iluminados por la Palabra de Vida, seamos signos de tu amor y de tu alegría para todos.

Oración conclusiva: Dios de la vida y de la paz, escucha las plegarias de tu pueblo y concédenos alabarte con una vida santa. Por Cristo, Nuestro Señor.

R. Amén.

Tercer domingo

En las tinieblas se encendió una luz, en el desierto clamó una voz. Se anuncia la buena noticia: el Señor va a llegar. Preparad sus caminos, porque ya se acerca. Adornen su alma como una novia se engalana el día de su boda. Ya llega el mensajero.

Juan Bautista no es la luz, sino el que nos anuncia la luz. Cuando encendemos estas tres velas cada uno de nosotros quiere ser antorcha tuya para que brilles, llama para que calientes.

¡Ven, Señor, a salvarnos, envuélvenos en tu luz, caliéntanos en tu amor!

Oración de los Fieles

Presidente: Unidos en el gozo de la cercana llegada del Señor, presentemos nuestras súplicas, diciendo:

R: Ven, Señor Jesús.

Alegría de Israel, te pedimos para tu Iglesia el don del gozo que llene de esperanza el anuncio de la verdad y de la paz.

Gozo eterno, te rogamos que colmes con tu gracia a todos los pueblos, de modo especial a los que más sufren, y regálanos a todos el consuelo y la fuerza para vivir en tu amor.

Alegría de los pobres, te pedimos que llenes con tu bendición a cuántos en estos días quieren compartir sus bienes y su vida con los más necesitados. Haz que seamos fraternos y acogedores con todos.

Gozo que todo lo llena de bendición, haz que esta familia que celebra la Liturgia del Adviento, pueda alabarte mientras construye una comunidad reconciliada en la esperanza.

Oración conclusiva: Acoge, Dios de la esperanza, las súplicas confiadas de este pueblo que todo lo aguarda de tu amor providente. Por Cristo, Nuestro Señor.

R. Amén.

Cuarto domingo

Al encender estas cuatro velas, en el último domingo, pensamos en ella, la Virgen, tu madre y nuestra madre. Nadie te esperó con más ansia, con más ternura, con más amor. Nadie te recibió con más alegría.

Te sembraste en ella como el grano de trigo se siembra en el surco. En sus brazos encontraste la cuna más hermosa. También nosotros queremos prepararnos así: en la fe, en el amor y en el trabajo de cada día.

¡Ven pronto, Señor. Ven a salvarnos!

Oración de los fieles

Presidente: Cercanísima la fiesta del nacimiento de Jesús, presentemos a Dios nuestras súplicas rogando con humilde fe:

R: *Oh Señor, escucha y ten piedad.*

Dios de la vida, te pedimos por tu Iglesia. Concede al papa y a nuestros Obispos la alegría de seguir anunciando la paz y la esperanza.

Dios de la paz, concede a todos los pueblos el regalo de la paz y haz que cuantos viven en tinieblas y en sombras de muerte encuentren en tu amor consuelo y gozo para sus vidas.

Dios de la esperanza, sigue despertando en el corazón de todos la caridad fraterna que nos permite compartir en estos días bienes y vida con los más necesitados. Danos el gozo de servirnos con amor.

Dios siempre fiel, haz que cuantos ya gozan de tu reino nos acompañen con su intercesión y nos motiven a seguir trabajando por la unidad y por la reconciliación de todos.

Oración conclusiva: Acoge paternalmente nuestras súplicas, oh Señor de la esperanza, y haz que estos días de alegría nos renueven en la fe. Por Cristo nuestro Señor.

R. Amén.